

Crónica novelada.

Los helenos armoniosos, maestros de toda cultura, nos enseñaron también el arte divino de la palabra, la noble elegancia del pensamiento traducido en belleza; el ritmo, la expresión y la forma adecuada y perfecta en la que se engasta una idea.

Sócrates, maestro del conocimiento, platica con sus discípulos sobre la esencia de la Sabiduría, de la Virtud y del Bien; conversa sobre la inmortalidad, los ojos fijos en la muerte próxima, acariciando la dorada cabeza de Fedón, el dilecto. En los diálogos de Ilysios, fluye la armónica palabra de Platón, bajo la azul diafanidad del aire. El Estagiritita destila su altísimo saber, en palabras nobles y profundas, paseando por los jardines, mientras los peripatéticos le escuchan ávidos y le interrogan anhelantes, sobre la doctrina de las Categorías.

Cuatro siglos después, el Cristo, el Dios-Hombre dialoga con sus apóstoles y predica a las multitudes atentas y absortas el secreto misterio del universo. Su palabra es dulce y penetrante como el perfume de los nardos. Traduce sus más hondos pensamientos en la magia incomparable de sus parábolas; en la piadosa melancolía del Sermón de la Montaña. Escucha y responde a todas las preguntas de sus dis-

cíbulos, de sus oyentes, de sus enemigos y de sus verdugos. Para todos abre las puertas de lo infinito y tiende sobre la angustiosa incertidumbre del mundo la suprema esperanza de su piedad consoladora.

En Roma, los diálogos de Cicerón y de Varrón, están imitados sobre los maestros griegos. En el Foro se debaten cuestiones y principios de derecho o de política en tono oratorio y tribunicio. Los griegos sentaban a las mujeres a sus banquetes y con ellas departían en forma deferente; los romanos las excluyeron de sus fiestas y no las admitían en sus conversaciones; hasta la época de los Antoninos no disfrutaron de esta prerrogativa.

En la Edad Media, los señores feudales no alternaban con sus vecinos, de los cuales los separaban rencores, envidias o ambiciones de dominio y preponderancia. Con sus vasallos no tenían otra relación social, que la entrega del tributo o la recepción del homenaje que le debían. Dentro de este aislamiento, agresivo o desdenoso, fueron en su generalidad hombres hoscos, incultos, impenetrables en su orgullo, sin más distracciones que la guerra, la rapina y la caza.

Para encontrar de nuevo el renacimiento de la conversación es preciso llegar a épocas de mayor civilización. En Italia durante el siglo XV y en la Francia del XVI y el XVII, la mujer redimida por el apogeo del cristianismo y dignificada por la institución de la caballería, es consagrada reina de los salones, de los torneos y de las justas literarias.

En la Italia del 1400 Beatriz, Laura Vanna, Angélica, Simonetta y Madona Lisa, presiden la *Giostra* e inspiran los poemas y los lienzos. Símbolos de la conjunción del arte con la vida, los artistas coronan de flores y de sueños sus vidas fascinantes. Ellas se congregan en torno de los magnates italianos y en las fiestas en que rivalizan la estirpe y la inteligencia, son como una luminaria de belleza.

En la Francia del siglo XVII, la literatura pasa por una crisis que traduce el ambiente: indisciplinado, grosero y libertino. Vanos fueron los esfuerzos de Enrique IV, para levantar el bajo nivel moral. A pesar de ello, aparecen en toda su material repugnancia los libros de Verbelles, de Sigogne, de Motin y de Tehophile: cínica vulgaridad expresada en un lenguaje de barricada y mancebía.

Bajo la tenebrosa regencia de Ana de Austria, la sociedad se divide en dos campos: la burguesía vulgar y la aristocracia corrompida. En literatura se definen dos bandos enemigos: los nacionalistas que sostienen el sentido de la tradición gala, en obras groseras de pensamiento y vulgares de expresión; y los clásicos, imitadores sin personalidad de los maestros griegos y latinos, encerrando el arte en fórmulas absolutas e intelectualistas, en las que se sacrifica la fantasía, el producir espontáneo y caprichoso de la realidad. La idea sojuzgando al sentimiento, la lógica desdeñando la rebeldía de la pasión fecunda y humana.

Natural, justa y provechosa reacción, contra la fría y estéril artificialidad clásica y el naturalismo de baja ralea significaron en la literatura, los salones literarios que proclamaban pensamientos elevados y nobles, sentimientos altos y puros, expresados en un léxico refinado y selecto. Estos salones fueron no solo una revolución lingüística, sino también una renovación moral.

El salón de Rambouillet, fué en los albores del siglo XVII la primera escuela del arte de bien hablar. Mademoiselle de Montpensier, escribía a su amiga Madame de Monteville: "Nos son precisas todas las personas que posean el arte de conversar bien sobre cualquier asunto, lo cual para nuestro gusto es el más grande de los placeres de la vida y para mí, su principal encanto".

Catalina Vivona, gran dama de la aristocracia, hija del Marqués de Pisani y viuda del de Rambouillet, fué un alto espíritu rebelde en medio de esa sociedad galante, desorde-

nada y licenciosa. Hastiada del ambiente liviano y escandaloso que la envolvía dentro del cual, las mujeres más célebres por su alcurnia, su ingenio y su nobleza vivieron vidas tan libertinas que, dice Saint Beuve, debemos creer que la historia las ha calumniado. Ajena el alma altiva y señorial de la Marquesa de Rambouillet a la vergüenza que la circundaba y a las groseras audacias de una literatura burguesa, se refugió en su casa nobiliaria, inaugurando una tertulia selecta, en la que solo tuvieron acceso, las grandes figuras literarias y las damas de más pura y limpia ejecutoria.

En la "Cámara Azul", que así se llamó el salón de esta gran dama, ella recibía semiacostada en un diván de brocado, bajo un dosel de columnas doradas. Vestida de rico terciopelo azul, con broches de oro, preside la tertulia; a sus pies, sentada, su hija Julia pone en el ambiente la nota severa de su belleza pensativa. Diseminadas en derredor, en sillas o taburetes se agrupan las amigas de la Marquesa. Triunfan los tonos deliciosos de sus vestidos malva, rosa vieja, violeta, paja seca, que riman con la aristocrática palidez de los viejos encajes, con los bullones de tul, con las aplicaciones de punto a la aguja, con las gasas pintadas en tonos suaves y desmayados.

Los Caballeros, de jubón y valona, sombreros de pluma y pelucas rizadas, zapatos apuntados, y espadines con empuñaduras de pedrería, discurren por la amplia cámara, conversando con las damas en actitud gentil y cortesana. Tertulia selecta y espiritual, en la sala de floridas cornucopias y áureo artesonado, tras cuyos ventanales hay macizos de verdura, y en los jarrones de cristales policromos se desmayan las rosas de la risueña primavera. Hay una charla discreta, fácil y elegante, mientras el escondido surtidor de una fuente, musita una melodía misteriosa y encantada.

Eran los asiduos de esta tertulia, el Duque de Enghien y su hermana Madame de Longueville, Chapellain y Voiture, príncipes del ingenio cortesano; los Cardenales de Ri-

chellieu y de Retz, envueltos en la roja majestad de sus púrpuras; Madame de Sablé, cuyo salón dejó la memoria de sábados inolvidables; Madame de Sevigné, Madame de Lafayette, Malherbe, Racine y otros más; cuanto había de fino y de culto en la sociedad de la época.

Entre las primeras figuras del salón, está María de Rabutin Chantal, hija del galante y pendenciero Barón de Chantal. Huérfana desde su más tierna edad, fué educada por su tío, el sabio abate de Coulanges y casó muy joven con el Marqués de Sevigné, que murió cuatro años después, en un desafío, dejándola viuda y pobre y con dos hijos: un varón y una niña. La Marquesa de Sevigné, no era una belleza: muy blanca y muy rubia, con una mirada luminosa de inteligencia y de alegría, un gusto refinado y una vasta cultura; era una mujer interesante. Buen crédito de este aserto nos dan las historias del incansable asedio que pusieron a su corazón el Príncipe de Conti, su maestro Menage, el Superintendente Fouquet y su primo De Bussy.

Indiferente y desdeñosa, paseó por los salones, sin más deseo que el de lucir la belleza de su hija "la muchacha más bella de Francia", a la cual casó con el señor de Grignan y dedicó lo más sustancial de su obra literaria. Separadas la madre de la hija, por tener esta última que habitar en los lejanos dominios de su marido, se inició la correspondencia que durante veinticinco años escribió: epistolario modelo de pureza castiza y de naturalidad, que revela la influencia de Rambouillet por la elegante distinción.

Madame de Sevigné, lectora asidua de Virgilio, Quintiliano, Tácito y San Agustín, lastró su imaginación con el sólido pensar de tan insignes varones a quienes leía en su propio texto. El amor por su hija me produce la impresión de un afecto con mucho de intelectual y literario, y que pone más amor en la expresión que en el sentimiento que la anima. El cariño de la madre por la hija, parece idealizado por la separación, gracias a ella nos ha quedado la maravilla de

estas cartas, en que centellea un ingenio fino y brillante dentro de un vocabulario rico y pintoresco y una sintaxis imprevista, sinuosa, encantadora.

En mi entender, a la Sevigné le falta feminidad, emotismo, pasión, reconociendo sus dotes de gracia, de ingenio y de donaire. Tal vez su vida explica su psicología: una infancia en la orfandad, un matrimonio sin amor y sin ternuras, con un hombre que la arruina, que la engaña, que se hace matar por el amor de otra mujer; la juventud vacía de contenido sentimental y poblada de amargos recuerdos no es propicia para forjar un alma en la piedad y en la dulzura; antes bien, parece un milagro de su carácter o un síntoma de su indiferencia la alegría y vivacidad de su espíritu animado por una inteligencia exclusiva y dominadora. Los placeres únicos de su vida fueron las embriagueces plásticas de la Naturaleza en cuyo amor no puso ni sentimientos ni ensueños, sino que se entrega al goce sensual de la luz, del sonido, del perfume, de la sensación viva y palpitante.

Hasta en sus simpatías literarias, se palpa su frío intelectualismo; admiraba y adoraba las obras de Corneille y desdeñaba las de Racine, más cálido, más comprensivo y más humano.

También brilló en la Cámara Azul, con extraordinario fulgor, Ana Genoveva de Bourbon y Montmorency, princesa de real estirpe, fina y frágil como una flor; terrible y mortal como un estilete envenenado. Nació en el castillo de Vincennes, al alborear el siglo XVII, e ingresó a los trece años al convento de las Carmelitas, donde pareció inclinarse a la vocación religiosa y fué grande fama la de su virtud y santidad. La Duquesa Carlota de Montmorency, con esa intuición adivinadora que el amor pone en el corazón de las madres, tuvo el presentimiento de que la repentina y exage-

rada vocación de su hija, Ana Genoveva, tenía mucho de artificial. Preocupada por este pensamiento, resolvió hacerla salir del convento y presentarla a las fiestas de la Corte; poniendo por este medio a prueba la verdad de su inclinación a la vida conventual. No obstante la oposición de las Carmelitas, la Duquesa no desiste de su proyecto, y la niña vistió sobre el cilicio el lujoso traje de fiesta.

Entre los esplendores deslumbrantes de la recepción palaciega, triunfa la belleza, la perfecta distinción, la rítmica languidez de la Duquesita, que absorbe ávidamente el homenaje de la primera Corte del mundo, que se le rinde enmudecida y asombrada. Se yergue la soberbia de la raza a pesar de los cilicios que muerden su carne, y sonríe, con esa su sonrisa habitual, pintada de piedad y de desdén que más tarde la caracteriza en su vida agitada y turbulenta.

Un año después entra a la Cámara Azul del brazo de su hermano el Duque de Enghien y su altísimo apellido, su distinción sin plural, su belleza turbadora y resplandeciente, le señalan un lugar preferente entre las preciosas del Hotel de Rambouillet.

A los veintitrés años, se casa con el Duque de Longueville, mucho mayor que ella, mundano, viudo e inmensamente rico. Este matrimonio en que consintió la Duquesa por obedecer a su padre, no satisfizo sus ambiciones, sus sueños ni sus esperanzas. Dentro de esta situación tirante y equívoca de un hogar sin afectos, la hirieron la envidia y la calumnia, lanzándole a la cara la impostura de que mantenía amores secretos con Coligny, intriga a la que no fueron ajenos ni Mazarino ni la Reina.

Coligny salió en defensa del agravio inferido y retó en duelo al Duque de Guisa, quien le mató de una estocada. Cuentan las crónicas, que Ana Genoveva satisfecha y envanecida por el homenaje que significaba este lance concertado en su honor, asistió a ocultas a esta trágica escena de muerte y de sangre.

Madame de Namur, hija del primer matrimonio del Duque de Longueville, juzga con odio no disimulado a su madrastra, a quien llamaba: "la más aristocrática de las aventureras". En cambio, su amiga Madame de Monteville la excusa, diciendo en su descargo que: "la rodeaba tal admiración y tal encanto que influía sin quererlo en las almas y en los acontecimientos". Al través de las crónicas de sus contemporáneos (Retz, La Rochefoucold, Godeau), se ve toda la fascinación que ejercía esta mujer, bella, rubia y grácil, que tenía en las palabras, en las actitudes, en el gesto, en la voz, en el ritmo de su andar, una tan dulce e inquietante languidez que embriagaba como el filtro de una misteriosa hechicería.

Exquisitamente elegante y supremamente distinguida, habría imperado sin contienda, sobre todas las ambiciones de su época, si un corazón firme y una voluntad robusta y propia, la hubieran sostenido en sus designios; pero su inquietud voluble, su alma sin norte ni rumbo definido, solo la llevó a tiranizar a sus admiradores para abandonarlos luego y traicionarlos después.

Ya sabremos a qué abismo de dolor y de desesperanza condujo al caballeresco Duque de la Rochefoucold. A ella se debe la ruina del Príncipe de Marisac y de Monsieur de Nemours; por ellos se separó de su hermano el Príncipe de Condé y perdió el entrañable afecto de su otro hermano, el Príncipe de Conti; por ellos convirtió su salón literario en cita de conspiradores, "entre mirtos y rosas escondía el siniestro brillar de las espadas".

Triunfante Mazarino, se firmó la paz de 1652 y se denunció a la Duquesa entre la lista de los conspiradores. Era el fracaso y después el destierro; para evitar lo último, se refugia en el Convento de las Carmelitas. Ya nada la ligaba a la vida, ya sólo le quedaban sus remordimientos y sus desengaños. El Padre Siglen, su antiguo confesor, sale de París disfrazado y marcha en busca de su penitenta arre-

pentida. Larga lucha y un caudal de elocuencia tiene que emplear el sabio sacerdote, para conseguir que la Duquesa de Longueville deponga sus orgullos, sus rencores y sus sueños de venganza. Por fin logra vencerla y Ana Genoveva de Bourbon y Montmorency toma el hábito de las carmelitas, reparte el precio de sus joyas entre los pobres, su fortuna entre las poblaciones saqueadas por su culpa; y pocos años después muere agotada por sus penas y por las mortificaciones expiatorias, humilde y piadosamente.

Al lado de Madame Sevigné, brillaba, con extraordinario fulgor, Madame de Lafayette: "la poseedora de la razón divina envuelta en la ternura humana", tal la llamaba un poeta de su siglo.

Eran los tiempos en que las preciosas consagraban con rendida admiración, "La Astrea" de Honorat d'Urfé, novelista, poeta y soldado, príncipe de la galantería y catedrático en amores, que subrayó con sangre su leyenda, muriendo en una carga de caballería, la espada centelleante en la mano, ebrio de gloria y de sol. El Caballero Urfé, cuya altivez, presuntuosa y distinguida, ha llegado entera hasta nosotros, copiada por las manos ducales de Van Dyck.

"La Astrea", dejó tras de su huella, multitud de novelas pastorales como "Ciro" Polexandro", "Clelia", "Cleopatra" y otras en las que se exagera el abuso de la intriga y el rebuscamiento de la frase. Fué entonces que Madame Lafayette, publica sin pretensión crítica "La Princesa de Cleveris", en la cual la sobria elegancia, el sentido de la proporción, la graciosa finura del lenguaje, claro y brillante, constituyeron las calidades iniciales que se instalaron definitivamente en la historia de la novela francesa, para perdurar hasta nuestros días.

Más que su obra literaria, más que sus posteriores novelas (Madame de Clermont, La Condesa de Clever y Zaida) me atrae profundamente el misterio de su vida en silencio, su amor y su dolor. Ella ha escrito este pensamiento:

“Los grandes amores, como los grandes dolores, no se buscan; se encuentran, nos hieren a pesar nuestro”.

Madame de Lafayette, se enamora romántica y platónica del infortunado y taciturno Duque de la Rochefoucoult, el insigne moralista de Las Máximas, el viejo frondero batallador y soberbio, que atentó contra su rey; y se convirtió después a la filosofía de la vida, con una sonrisa irónica en los labios y en la frente pensativa un rictus de desdén.

Toda la herida abierta que le causara el gran amor, por esa pérfida y maravillosa Duquesa de Longueville, goteaba lentamente su amarga pesadumbre sobre el alma del pródi-go visionario. Aquella mujer fatal, lo arrastró a la Fronda, a la rebeldía, a la ceguera y a las puertas de la muerte. Los Mazarino, los Condé, los Retz lo habían engañado; el amor también. La pena y el desconsuelo de su vida, su desencanto y su hastío, cristalizaron en sus Máximas, como piedras preciosas, talladas en facetas, por la amargura de su experiencia en el dolor.

Sobre el alma de este gran hombre, triste hasta la muerte, se vuelca toda entera el alma de Madame de Lafayette, como una ánfora de ensueños, de ternura, de olvido y de silencio. Verónica, Samaritana o Cirinea, ofrece su juventud fragante, su compañía consoladora, su piedad infinita al viejo y austero cenobiarca. Atenta y fervorosa, sus beatas manos restañan las heridas y arrancan con dulzura las espinas del recuerdo. Son sus amores espirituales y ardientes como una llamarada, con ellos da calor al filósofo aterido por el frío implacable de la vida. Es el amor que vela, que calla, que no se fatiga; que aguarda como el de la princesa d'Anunziana, el renacimiento de la esperanza en el secreto del corazón.



Justifica y enaltece en grado sumo la labor intelectual, moral y literaria de que fué escuela el preciosismo, el gráfico testimonio que ofrecen las Memorias del Cardenal de Retz, las de Madame de Nemours, las crónicas de Lomontié, que nos explican como la sociedad francesa se transforma y se redime por medio de las ideas nuevas que vienen de Rambouillet y que, propagadas por la imitación e impuestas por la tiranía de la moda, enaltecen y depuran el lenguaje y las costumbres. Un crítico de la época afirmaba: “que el desorden y la torpeza perdieron en escándalo; lo que la decencia y el ingenio ganaron en sencillez”.

Los sabios y los artistas ya no se aislaban en el desdeñoso refugio de sus gabinetes privados; al contrario, acudían a las tertulias de los salones que se convirtieron en centros de ideas modernas y avanzadas, y así, la filosofía, la ciencia y el arte entraron con naturalidad en la vida. Se pensó y se sintió mejor y el contacto con los grandes espíritus del siglo fué fecundo y provechoso para todos.

Antonio Pérez, importó la maravilla elegante de Góngora y Gracián, pero más que el suntuoso énfasis castellano, gustó el eufemismo de John Lully y los *concetti* de Marini, autor del “Pastor Fido”. Una literatura distinguida y aristocrática nace entre el rumor de los abanicos del Salón de Rambouillet; allí se conversa con brillo e ingenio. Ya no es tema predilecto la crónica escandalosa, ni la maledicencia mundana hiriente y difamadora; se conversa en tono elevado del honor, de la amistad, del amor y del arte, se habla con conocimiento e interés del sentido exacto de un vocablo escogido, de la belleza o gracia intencionada de un pensamiento formulado en un soneto o en un epigrama; se comenta la última obra del teatro o se celebra la agudeza de un pensamiento de Voiture.

Sobre la enorme obra del gran trágico Corneille se escucha aletear la sutil inspiración de las Preciosas. Quizá si a su influencia depuradora, así lo piensa Brunetiere, debió

algo de la transparente luminosidad de su estilo y la serena actitud de sus personajes. El inmenso Bossuet, el más grande príncipe de la oratoria sagrada, sometió a la apreciación de las Preciosas, el primero de sus discursos, buscó la palabra alentadora del distinguido cenáculo. Tenía en esa época Bossuet diecisiete años y pronunció esta oración, que era el primer ensayo de su vuelo a las doce de la noche; el triunfo lo consagró en la frase ingeniosa de Voiture: "Nunca he oído predicar, ni mejor, ni más temprano ni más tarde".

No fueron las Preciosas, mujercitas sabias y pedantes como desdeñosamente las llama Boileau. Basta para salvarlas de este calificativo, el nombre de las escritoras que figuraron en su seno. No debe confundírselas con las contertulias de Madame de la Scudery, con sus giros exóticos, sus rebuscamientos falsos y sus metáforas exageradas, que hacen de ellas las verdaderas y genuinas "Preciosas Ridículas" de la comedia de Molière.

R. MORALES DE LA TORRE.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

